

EL PRINCIPIO DEL FIN

y otros relatos



DAVID GÓMEZ HIDALGO

El principio del fin
por

David Gómez Hidalgo

Primera edición digital: noviembre 2015
Título: El principio del fin (y otros relatos)
© 2015 Del texto: David Gómez Hidalgo
©2015 De la portada: Georgina Torra
© 2015 De la corrección Anna Díaz

[Lista de correo](#)

Apúntate, pruébala: [AQUÍ](#)

Nº Registro Safe Creative: 1511185815536

Queda rigurosamente prohibida toda distribución, reproducción, comunicación pública y transformación, ya sea total o parcial de esta publicación, así como su incorporación a un sistema informático, su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular del copyright.

Todos los derechos reservados.

«Un cuentista debe ser valiente. Es triste reconocerlo, pero es así.»

ROBERTO BOLAÑO

[Prólogo](#)

Relatos incluidos

[El principio del fin](#)

[El incendio: un caso del inspector Arturo Figueroa](#)

[El mercado de las vergüenzas](#)

[Dulce Navidad](#)

[Nuestros monstruos](#)

[Un mensaje desde el espejo](#)

[Un larga espera](#)

[Trayectoria infinita](#)

[El meteorito](#)

[El porqué de la existencia de los mosquitos](#)

[Publicidad encubierta](#)

[Al oeste del sol](#)

[No es imposible escribir una historia de amor](#)

[El profesor de Gaza](#)

[Nafragio](#)

Otros contenidos

[Agradecimientos](#)

[Tu opinión es importante](#)

[Sobre el autor](#)

[Datos de seguimiento, contacto o información](#)

Prólogo

Nunca he sido muy amante de los prólogos. Parece un contrasentido incluir uno dentro de mi propia antología, pero desde que me pidieron escribir los de las magníficas novelas [La tristeza del Samurai](#), de Víctor del Árbol, y [La estrategia del pequinés](#), de Alexis Ravelo, en su edición argentina, mi acercamiento a ellos ha sido mayor.

Quiero aprovechar este prólogo para explicarte que todos los relatos que encontrarás en *El principio del fin* fueron escritos entre los años 2008 y 2010. Algunos los publiqué en mi blog, [Cruce de Caminos](#), y otros fueron enviados a concursos consiguiendo en uno de los casos llegar a ser finalista de un concurso de prestigio nacional.

Después de leer el párrafo anterior podrías pensar que son viejas narraciones, pero no es así, ya que durante los últimos meses abrí mi cajón de los relatos olvidados, seleccioné los que más se ajustaban al título de la antología para que tuvieran un hilo más o menos común y, más que reescribirlos, lo que he hecho es escribirlos de nuevo con los ojos del 2015 y el bagaje de los años pasados, consiguiendo una nueva versión que no tiene casi nada en común con su predecesora.

Y antes de dejarte con su lectura, y esperando que sea de tu agrado y te haga pasar un rato entretenido, quisiera darte las gracias por anticipado, pues si estás leyendo esto es que te ha interesado *El principio del fin* y su autor.

Ultreya. Buen Camino. Buena lectura.

El principio del fin

Aún recuerdo lo felices que estábamos al pisar tierra de nuevo después de tan horroroso viaje. Nos las prometíamos muy felices, pero nuestra suerte se vio truncada aquella desgraciada noche del 24 de diciembre, cuando la Santa María embarrancó sin salvación posible. El Almirante quiso darle a todo aquello un sentido:

—Es una señal divina —nos dijo.

No sé si alguien creyó aquellas palabras, pero a mí no me hicieron ninguna gracia y menos al saberme entre los treinta y nueve desgraciados. Sí, desgraciados, por mucho que el Almirante volviera a utilizar bonitas palabras, intentando con ellas inculcarnos valor para acometer tan ardua empresa:

—Señores, yo quisiera cambiarme por alguno de ustedes, pero todos saben que mi deber es regresar a España. Es imprescindible que sea yo quien les explique a sus Majestades los Reyes que el viaje no ha sido en vano.

Debería haber sido más valiente en aquellos momentos, interrumpir su trillado discurso y decirle cuatro cosas al gran Almirante. Para empezar, le tendría que haber dicho que yo también tenía boca para hablar frente a los Reyes, que poniéndome unas bonitas gasas y llevando bajo mi brazo un firmado salvoconducto, todo estaba arreglado. Continuaría diciéndole que aquí no había más que indios desnudos, que del oro se fueran olvidando, y que el Gran Khan debía vivir muy lejos. Estaba claro que de esa forma dejaría de formar parte de los treinta y nueve elegidos, aunque tampoco pasaría a formar parte de la tripulación que volvía a España; como poco, me colgarían de la palmera más alta por rebeldía.

El Almirante siguió dando sus últimas instrucciones:

—Dejo al mando de Fuerte de Navidad a mi bien querido alguacil Diego de Arana, que tendrá libertad absoluta para hacer y deshacer en lo concerniente al mantenimiento de las normas, así como en el control del oro que de aquí en adelante se requise o se encuentre. —Bien querido, dijo bien querido, y no podía ser de otra forma, pues el que aquel día se coronó como capitán Diego de Arana era primo de Beatriz, la amada del Almirante. Todo quedaba en casa.

El Almirante se subió al bote que lo llevaría a bordo de la Niña y dijo alzando la voz a modo de despedida:

—Os juro por Dios que en menos de un año estaré de nuevo aquí.

En no más de tres vueltas del reloj de arena se dejó de ver la Niña en la bahía.

La noche se hizo y casi nadie pudo dormir en medio de aquella desconocida tierra llena de ruidos nocturnos nunca escuchados por la mayoría de nosotros. El único consuelo que tuvimos fue el embriagador sonido de las olas al romper contra la orilla y el limpio cielo estrellado que, en cierta forma, actuó como sedante de nuestros miedos.

Al amanecer, el capitán Diego de Arana nos reunió para encomendar las tareas, que serían de carácter semanal para no cansar a nadie haciéndole ejercer aquello que no le venía en gana, pero que era del interés común. Destacaré que maestro Juan fue nombrado segundo en el Fuerte, como no podía ser de otra manera, ya que estaba casado con Leonor, la hermana del Capitán.

Yo tuve suerte aquella primera semana. Se decidió que alguien ayudaría al escriba Rodrigo de Escobedo con el diario del Fuerte. Pasábamos todas las mañanas juntos y cuando ya no quedaba qué escribir, me ayudaba a depurar mi estilo de redacción para que fuera aún más legible. Al principio copiaba pequeños textos que él me dictaba; más tarde, cuando todo se torció, decidí redactar por mi cuenta lo que ahora tenéis entre las manos.

Los primeros días se sucedieron sin muchos sobresaltos. Los indios parecían no querer acercarse como lo habían hecho el día que se hundió la Santa María. Su ayuda aquel día fue inestimable, pues se pudo recuperar la mayoría de la carga, así como gran parte de la madera del barco, que más tarde se utilizó para atrincherar Fuerte de Navidad. Entre la carga había una gran cantidad de pan de bizcocho y vino, el suficiente para aguantar un año, aunque el Capitán se vio en la obligación de designar cuatro encargados de recolección, para así tener comidas un poco más variadas. También había abundante artillería de la que no se haría un buen uso en lo sucesivo. Ahora, desde la lejanía de aquellos días, creo que fue por hablar poco y pensar mucho.

Tardamos algo más de tres días en salvar todo aquello que nos sería de utilidad. Los indios nos seguían mirando con extrañeza; cuchicheaban palabras desconocidas incluso para el intérprete Luís de Torres.

Al quinto día los indios desaparecieron, o mejor dicho, se escondieron tras las palmeras observando cómo comenzábamos a levantar Fuerte de Navidad. Maestre Alonso Rascón, el más viejo de los treinta y nueve, tenía una teoría:

—Se asustaron al vernos pelear entre nosotros. Seguro que piensan que no somos una buena influencia para ellos, que es mejor no conocernos.

Sí, eran pequeñas peleas que con el paso del tiempo fueron dejando huella y también ayudaron a desestabilizar la comunidad.

Compartí muchas charlas con el viejo Rascón; recordaba con cariño los abrazos de sus tres nietos — Juan, Francisco y Gracia—y se repetía, una y otra vez, que no quería irse de este mundo sin volverlos a ver. También maldecía al Almirante por haberlo dejado en tierra. No entendía cómo un hombre de su edad tenía que pasar por aquellas penurias.

—Este Fuerte necesita un hombre de su experiencia —le dijo el Almirante antes de partir.

Aquellas palabras no le reconfortaron. Yo lo intentaba animar, pero no se dejaba y continuaba renegando del Al-

mirante.

Fue el sexto día después de la partida de la Niña cuando Marín de Urtubia, grumete de la nao Santa María, que estaba de guardia, gritó:

—¡Capitán!, ¡Capitán!, los indios se acercan en gran número.

El capitán Diego de Arana salió corriendo de su improvisada cabaña llamando al maestro Juan. Subieron al puesto de vigía. Pudieron comprobar cómo los indios se acercaban agrupados y con paso lento. El Capitán y su segundo se miraron viendo el miedo el uno en el otro; pensaron que seríamos atacados. Dejaron el puesto de vigilancia y bajaron al centro del Fuerte para organizar la defensa.

Yo sentía una gran curiosidad por ver a aquellos indios y no pude resistirme. En vez de agruparme con todos y recibir las órdenes del Capitán, decidí subir al puesto de vigía. Bendita curiosidad que evitó una masacre en toda regla, pues fue entonces cuando me di cuenta de lo que nadie se había percatado: entre los indios también había indias, las primeras que veíamos.

—Señor, no nos quieren atacar —me arriesgué a aseverar.

—¿Cómo lo puedes saber?

—Pues..., porque veo a indias y además los hombres no parecen llevar ningún tipo de arma.

Todos se abalanzaron sobre la escalera; la escalera cedió. Nadie se quejó por tal percance y salieron corriendo hacia la puerta del Fuerte, aunque desde allí aún tardaron en distinguir a las mujeres.

—¿Dónde están?, ¿dónde están? —se podía sentir.

—Detrás, están detrás —dije yo.

Los indios iban cargados con lo que supuse eran frutos, pues nunca los había visto tan grandes, ni con esos vivos colores. No portaban ningún tipo de armas, lo que confirmaba mis suposiciones.

Al acercarse pude distinguir con mayor claridad las desnudeces de aquellas indias, tan sólo tapadas con unos co-

llares de flores, tras los que se escondían sus pechos. Al verlas, los hombres comenzaron a saltar, a abrazarse, a gritar vítores y parabienes, e incluso a alguno se le saltaron las lágrimas de emoción. Quizás al final el Almirante tendría razón cuando dijo: «Os dejo en el paraíso. Sois afortunados, no lo olvidéis».

Bajé corriendo y me reuní con mis, más que nunca, compañeros. Los indios, y sobre todo las indias, estaban a pocos pasos de nosotros. El intérprete Luis de Torres se adelantó e intentó hacerse entender, aunque no tuvo mucho éxito. Uno de los hombres, el que parecía el jefe por sus múltiples plumas de colores, reaccionó llamando a una de las indígenas. Ésta se acercó a Luis de Torres y le colgó el collar. Comprendí en seguida que aquello era una ceremonia de bienvenida. Sin pensármelo dos veces me acerqué a una de las que tenía más próximas. Me sonrió, me miró, me ofreció su collar y yo no me pude contener al darle dos besos en las mejillas como agradecimiento. Ella dio un paso atrás, supuse que asustada ante mi atrevimiento. Pude ver como se ruborizaba. Yo le sonreí para demostrar afecto y creo que lo entendió.

Los otros hombres siguieron mis pasos y se acercaron al resto de las indias; había para todos.

El Capitán y su segundo no se movieron. Se quedaron frente al que supusieron su cacique, intentando hacerse entender. No sé si lo consiguieron; mis intereses ya no estaban allí, estaban con ella.

Aquel día poca cosa pude hacer. El tiempo voló y el atardecer nos sorprendió. El cacique gritó con autoridad algo incomprensible y todos se fueron sin decirnos adiós. La vi alejarse flotando sobre la arena. Un terrible miedo me invadió al pensar, tontamente, que nunca más la volvería a ver.

Debo confesar que no se me había pasado por la cabeza enamorarme durante el viaje y menos de una india. ¿Era posible quedarse tan prendado en tan pocas horas? Por lo que parece, sí.

Al día siguiente, estando yo buscando cangrejos por la orilla del mar para darle una sorpresa al viejo Rascón, se me acercó. Me sonrió y me dio dos besos en las mejillas; nos reímos los dos. Nos sentamos en la arena; nuestros pies desnudos bañados en agua salada jugueteaban mientras nos reíamos. Miramos el ir y venir de las olas; observamos a desconocidas aves, por lo menos para mí, planeando sobre la bahía; vimos saltar algún que otro pez; podíamos escuchar el jugueteo de las hojas de las palmeras que se aco- plaba con el de las olas creando una sensual armonía. Os lo digo de verdad, el silencio no era silencio. El silencio era amor.

No sé cuánto tiempo pasamos así, no me importó, me sentía feliz, pero tenía que llegar el momento en que ella regresara a su aldea. Nos levantamos y la acompañé hasta el inicio de la selva. Me volvió a besar en las mejillas. Me quedé absorto, mirando cómo su cuerpo se perdía entre la frondosa selva.

El Capitán, extrañamente, no le cambió la tarea a ninguno de nosotros, así que seguía teniendo bastante tiempo libre.

Por eso, al día siguiente volví al mismo lugar y allí estaba ella esperándome. Esta vez fui yo quien la besó intentando ganar terreno hacia sus labios. ¡Qué dulce era su cara!

Aquella tarde me esforcé en explicarle mediante múltiples gestos cuán lejos estaba mi patria. Ella miraba con atención mis manos, observaba con deleite mis dibujos en la arena y de cuando en cuando se reía.

Llegó sin avisar el atardecer y al despedirnos me volvió a sorprender al darme un suave beso en los labios. Flotaba.

Al llegar a la fortificación y después de cenar un poco de pan de bizcocho acompañado por un rico pescado que había ahumado el viejo Rascón, compartí la hoguera junto con el resto de mis compañeros.

Permanecemos en silencio, un extraño silencio, escuchando el chisporroteo del fuego. Debí imaginarme que no auguraba nada bueno.

Nuestros encuentros se fueron sucediendo durante aquella semana. No intenté ir más rápido de lo que la prudencia aconsejaba; con mirarla y besarla en los labios de vez en cuando, me sentía más que satisfecho. Pero no todos tenían la misma suerte que yo, o las mismas intenciones.

Una noche junto a la lumbre pude escuchar algo que no me gustó:

—No se dejan, no señor, no se dejan —dijo Pepe de Moguer.

—Pues yo sí he tenido suerte —respondió Francisco de Lekeitio.

—Querrás decir que la suerte la forzaste —apuntilló Antón el Cordobés.

Todos se rieron menos yo.

Nadie entendió aquel primer día como yo lo entendí; yo vi a una bella mujer de la que me enamoré con locura; los demás, sólo vieron trofeos a los que podían sacar el polvo cuando les viniera en gana. Aquella última conversación nocturna no presagiaba nada bueno. Y así fue. No tardó en llegar a mis oídos cómo aquel que decía no tener suerte, ahora se jactaba de meter como el que más. El respeto pasó a mejor vida y casi todos siguieron el ejemplo del malnacido de Antón el Cordobés que seguía relamiéndose cada noche junto al fuego.

La esperé, la esperé, sin noción del tiempo transcurrido; intuí que algo le había ocurrido; ningún día se había retrasado. Me giré hacia la selva deseando ver aparecer su bello cuerpo, pero al que vi fue a aquel malnacido. Corría buscando el resguardo del Fuerte como si el diablo lo persiguiera. Me levanté y salí corriendo hacia la selva gritando su nombre con desesperación.

No tardé en encontrarla tirada en el suelo cual perro patán. La habían violado.

La cogí entre mis brazos. Todavía vivía. Levantó una mano ensangrentada y me acarició la cara. Yo le devolví la caricia y la besé en la frente; ella hizo su último esfuerzo al besarme en los labios.

Grité, grité, quise morir, quise irme junto a ella. Pero antes tenía algo que solucionar.

Me acerqué al Fuerte, ensangrentado como estaba. No tardé en encontrarlo. Su rostro mudó su risa orgullosa por una de asombro y preocupación. Me miró y salió corriendo en dirección contraria a la mía. No tenía escapatoria; mi odio era más fuerte que su miedo.

No tuve otro remedio, no tuve otro remedio, no me arrepiento de ello, aunque mi alma arda en el infierno. Tuve que matar a su asesino violador. Ése fue el principio del fin.

Nadie me pidió explicaciones, todos entendieron mis motivos, pero se alejaron de mí. Sólo el viejo Rascón se sentaba junto a mí en la hoguera y, mientras apuraba los últimos vasos de vino de la noche, me seguía contando una y otra vez, conteniéndose las lágrimas, lo mucho que echaba en falta los juegos de espadas de madera de sus nietos.

Ahogábamos la pena en alcohol, cada uno la suya, distinta, pero igual de dolorosa. Queríamos pensar que así el ardor de nuestros corazones se llegaría a apagar. Pero no fue así.

Han pasado dos meses desde aquel odioso suceso. No hay semana donde no encontremos uno de los nuestros muerto en medio de la selva.

Muchos quisieran escapar, pero tienen miedo; miedo a los ataques de los animales salvajes; miedo a la represalia de los indios, que ya no nos ven como semidioses; miedo a la locura de la soledad; miedo a nosotros mismos. Es mucho más sencillo esperar a la muerte.

Tan sólo quedamos veinte hombres en el Fuerte y no sé cuánto tiempo me queda. Apenas tengo fuerzas; las manos me tiemblan al escribir; las noches se hacen eternas entre pesadillas y sudores fríos; el viejo delira a mi lado y yo sufro por él. La otra noche me pidió que acabara con su vida. Dudé unos instantes, y pensé que Dios nos había abandonado.

Todavía quedan meses para que el Almirante vuelva a recogerlos. Es hombre de palabra. Ni por un momento se me pasa por la cabeza que falte a su juramento. Lo que no tengo tan claro es si podremos resistir hasta entonces y eso me genera una preocupación en vista de cómo está aconteciendo todo: ¿y si al llegar no encuentra a nadie con vida que le pueda explicar lo que ha sucedido de verdad? ¿Y si hace erróneas suposiciones sobre lo acaecido y criminaliza a los indios? Se lo debo a ella, mi flor, mi amor.

Y no, no me he vuelto loco. Está claro que ellos nos van matando uno a uno, pero yo lo considero defensa propia. Nosotros fuimos los que no respetamos las normas y ellos los que nos castigan de forma merecida.

Por eso sigo escribiendo este diario y lo guardo en un lugar seguro por si me fallan las fuerzas, por si un día ya no puedo escribir al estar muerto. De esa forma el Almirante lo encontrará y podrá saber de primera mano que los monstruos somos nosotros y así podrá existir una pequeña esperanza para la paz futura.

Al ver a mis antiguos compañeros, no veo personas; veo animales asustados y tengo miedo a ser yo también uno de ellos y no darme cuenta.

Dame fuerzas para morir, amor.